



PROCESOS COMERCIALES E INDUSTRIALES. HORNOS DE CAL DE QUIJORNA



MAZADIEGO, L.F., PUCHE, O., JORDÁ, L.,
HERVÁS, A. M^a.
Escuela Técnica Ingenieros de Minas
Universidad Politécnica de Madrid

LOCALIZACIÓN GEOGRÁFICA

Quijorna se encuentra al Oeste de la Comunidad de Madrid, distando apenas 38 kilómetros de la capital. Limita al Norte con Valdemorillo, al Sur con Villanueva de Perales, al Este con Villanueva de la Cañada y Brunete, y al Oeste con Navalagamella.



Figura 1. Croquis de situación de los elementos inventariados

HISTORIA

El origen de Quijorna es incierto. Si recurrimos a las respuestas al interrogatorio que dio lugar a las llamadas *Relaciones Histórico-Geográficas de los pueblos de España de Felipe II*, fue fundado alrededor del año 1429. Sin embargo, a poco más de 3 kilómetros de la actual Quijorna, hay un paraje, conocido como Cerro del Castillejo, que debió albergar un grupo humano antes de dicha fecha; acaso, buscando mejores tierras, se desplazaron hasta acabar constituyendo un nuevo núcleo de población en el terreno que ahora ocupa Quijorna ^(A)

Quijorna perteneció hasta 1480 a la Comunidad de Ciudad y Tierra de Segovia, que estaba dividida en sexmos, siendo el de Casarrubios, en el Reino de Toledo, del que dependían, hasta un total de 38 pueblos, lugares como el propio Quijorna, Robledo de Chavela, San Lorenzo de El Escorial o Valdemorillo, entre otros.

El rumbo de la historia cambió para Quijorna en el año 1480; fue entonces cuando dejó de pertenecer a la Comunidad de Ciudad y Tierra de Segovia para pasar a formar parte del señorío de Don Andrés Cabrera, marqués de Moya, que desempeñaba el cargo de Alcalde

Mayor y Guarda Perpetuo de los Reales Alcázares y de la ciudad de Segovia.

A su muerte, la titularidad pasó a manos de Don Fernando Cabrera, primer conde de Chinchón, según disposición dada por el rey Carlos I. Le sucedieron sus descendientes, entre los que destaca el cuarto conde de Chinchón, Don Luis Fernández de Cabrera, que llegó a ser virrey de Perú.

Quijorna fue, por tanto, un pueblo sometido, no directamente al monarca, sino a un noble. Este hecho marcaba la vida del municipio, ya que se gozaba de menores libertades y, además, se soportaban mayores presiones tributarias. La disyuntiva enunciada como "entre ser del rey o ser de un señor" se traducían en el deseo de los pueblos dependientes de un señorío eclesiástico o nobiliario de promover, la mayoría de las veces sin éxito, su conversión en villa incorporada a la Corona.

Así transcurrieron aquellos años hasta que a través de un Decreto de 1811 de las Cortes de Cádiz se abolieron los señoríos jurisdiccionales, dando por concluido un sistema feudal que había ahogado la economía, ya pobre de por sí, de los habitantes de estos pueblos.

A pesar de este cambio de regulación y gobierno municipal, Quijorna siguió siendo un pueblo humilde, que sobrevivía gracias al cultivo de cereales, algunos olivos y legumbres, así como al cuidado de ganado ovino.

No fue hasta la Guerra Civil española cuando Quijorna vuelve a recobrar un cierto protagonismo, desgraciado y dramático, a raíz de los violentos combates de la batalla de Brunete, acontecida en julio de 1937. Allí combatieron dos centurias de la 5ª Bandera de la Falange de Castilla, un batallón del Regimiento de Infantería Toledo y soldados de la compañía Tabor Ifni-Sahara contra la 46 División del V Cuerpo del Ejército, dirigido por Valentín González "El Campesino", y la 11 Brigada Internacional.

Quijorna fue la posición de esta batalla en la que más duró la lucha. El escenario acabó sembrado de ruina, destrucción y cadáveres sin enterrar. Aquellos días murieron 23000 soldados republicanos y 13000 nacionales. Aún hoy pueden contemplarse, escondidos entre la maleza o al abrigo de las peñas, bunkers y refugios de la Guerra Civil.

ELEMENTOS INVENTARIADOS

El municipio de Quijorna está indisolublemente unido a los hornos de cal, ya que, según algunas conjeturas, su

^(A) Alejandro Peris Barrios ofrece en su libro "Quijorna. Historia de un pueblo madrileño" una detallada revisión de la historia de este municipio.

Artículos

denominación podría derivar directamente del gran número de caleras que existieron en su término. En efecto, "qui" haría alusión a la primera sílaba de quinientos y "jorna" significaría hornos. Otros estudiosos proponen una interpretación alternativa: Quijorna sería la unión de "quejigo", un árbol abundante en la zona, y "horno".

Parece entonces conveniente que nos interese por los topónimos de los parajes anexos a Quijorna, así como por los nombres de las calles del municipio. De esta manera, se han localizado algunas calles que resultan ser llamativas y que, a modo de resumen, aparecen recogidos en la siguiente tabla.

Nombres de calles (Quijorna)	Relacionados con...
Calle de los Hornos	Hornos, caleras, cal
Calle de la Fragua	Herreros, herradores
Calle del Potro	
Calle Yunque	

En cuanto a los topónimos que, relacionados con las actividades mineras, se han localizado, cabe reseñar los que se citan a continuación.

Topónimos (Quijorna)	Relacionados con...
Quijorna	Hornos, caleras, cal
Las Caleras	
Arroyo de las Parrillas	¿Caleras?
Los Pozos	
Los Hundidos	Formaciones calizas

Hemos consultado otros topónimos, citados en el libro de Alejandro Peris, a cuenta de diversas subastas de fincas realizadas en el pueblo en el siglo XIX y en los primeros años del siglo XX. La relación de los más interesantes para el motivo de este texto aparecen en la tabla siguiente.

Topónimo	Relacionado con...	Subasta realizada el...
Los Hornos Majuelos	Caleras	8 de abril de 1861
Los Hornos		
Tierra en la Parrilla	¿Caleras?	5 de marzo de 1907
Tierra en Tejar	Tejares, ladrillos, tejas	5 de marzo de 1907 9 de abril de 1907
Tierra en Los Hornos	Caleras	20 de mayo de 1907

Asimismo, continuando con la lectura del excelente libro de Peris, observamos que aparecen topónimos interesantes para el objetivo que nos ocupa en las relaciones de las fincas rústicas que poseía la Parroquia de Quijorna en los primeros años del siglo pasado.

Topónimos (Situación de la finca)	Extensión	Relacionada con...
Tierra en Los Hornos	1 fanega y 6 celemines	Caleras, cal
Tierra en la Parrilla	2 fanegas y 2 celemines	Hornos, ¿caleras?
Tierra en Quemadillos	2 fanegas y 8 celemines	¿Hornos?, ¿caleras?
Tierra en el Barro	2 fanegas	Caolín, arcillas
Tierra en el Barranco de las Minas	10 fanegas y 4 celemines	Minas, canteras

Se descubre, a la vista de todos estos topónimos, una clara alusión a la actividad de la fabricación de cal, señalada por la repetición de las voces "horno" y "parrilla". Durante la visita realizada a Quijorna se han encontrado hornos de cal en la zona norte del término municipal. Con el ánimo de estructurar lo mejor posible la descripción de los elementos inventariados, se ha decidido desglosarla en 3 áreas: el Camino de la Charneca; la zona donde trabajó el ceramista Salvador Orodea; y el paraje conocido como Vétago.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS DEL TRABAJO DE LA CAL EN QUIJORNA

Antes de proceder al análisis de las caleras descubiertas, quizá convenga realizar un breve recorrido histórico para encuadrar el oficio de calero en la vida diaria de Quijorna.

No se sabe desde cuándo funcionaron hornos de cal en Quijorna, aunque se puede llegar a sospechar que esta actividad debió ser llevada a cabo desde hace muchos siglos, si bien en las Relaciones Histórico-Geográficas de Felipe II no hay mención alguna a ellos. La interpretación que puede asumirse es variada: o bien, no había, o, por el contrario, no se consideró oportuno reseñarla al ser un trabajo a pequeña escala, limitado a pequeñas demandas por parte de los vecinos del municipio.

Según expresa el historiador local Alejandro Peris, a finales del siglo XVI ya debieron trabajarse algunos hornos de cal, conociéndose el nombre de uno de sus propietarios, llamado Juan de Elvira. En el siglo siguiente, los datos son más abundantes:

"En 1613 se empleaba la cal que fabricaba Antonio Hernández en un edificio que estaba construyendo en Madrid Sebastián de Oliva para el rey Felipe II. El citado calero tuvo que contratar a un carretero de Quintanar llamado Juan Calvo, para que con 7 carretas hiciera 6 viajes a la capital. Valía la cal a 2 reales y 4 maravedís cada fanega.

Diego Cepilla surtió de cal en 1613 al señor de Polvoranca en unas obras que realizó en su villa. En 1614 el calero Lucas Benito se obligaba a entregar al Monasterio de El Escorial toda la cal necesaria para la obra del Castañar, a 3 reales 17 maravedís la fanega.

Ese mismo año se empleó la cal de Quijorna en los paredones que se hicieron en el puente de Segovia de Madrid unos años después de su construcción. Juan de Teresa vendió la cal a pie del horno a 2 reales la fanega.

El monasterio de Santa Clara empleó cal de

Artículos

Quijorna en las obras que se realizaron en 1616. Igual ocurrió en las que se hicieron en 1618 en la catedral de Toledo.

Para las casas que el marqués de Villena realizó en 1628 en el Quejigal se emplearon muchas fanegas de cal transportadas hasta allí por los quijorneros. En las obras que el marqués de Villena realizó en 1628 en su villa de Cadalso de los Vidrios se empleó también cal de Quijorna"

Como se deduce de estas citas, la cal de Quijorna tenía una aceptable demanda en las obras de construcción que se realizaban en el municipio de Madrid. Incluso, debido a su rentabilidad, se realizaron algunas ventas de hornos de cal.

"El valor de un horno de cal en los primeros años del siglo XVII era de unos 15 a 20 ducados. En 1626 se vendía uno de ellos que estaba situado en la Tejera, por 16 ducados. Ese mismo año Juan Rodrigo vendió un horno bien instalado con sus entradas y salidas, usos y costumbres a Bartolomé Gordo por 20 ducados"

Durante el siguiente siglo, la actividad de los caleros de Quijorna es también importante, acaso una de las pocas existentes a nivel industrial, como censura Juan Pérez de Bolívar, cura párroco de este pueblo en 1784:

"En Quijorna se carece enteramente de todo tráfico o industria, los hombres entregados sólo a la labor de pan llevar, aunque también se fabrica alguna cal"

Otros datos aportados por Peris del siglo XVIII son:

"En 1718 el corregidor de Madrid, marqués de Vadillo, encargó al gran arquitecto Pedro de Ribera el proyecto del gran puente de Toledo, que sustituyó a otro viejo que frecuentemente era arrastrado por las aguas. La obra duró varios años y los caleros de Quijorna proporcionaban la cal necesaria o buena parte de ella. En septiembre de 1719 habían servido ya 2.000 fanegas

En 1751 funcionaban en esta población 6 hornos de cal que proporcionaban a sus dueños una utilidad de 6200 reales al año. Diez años después, en 1761, los hornos que tenían Hermenegildo Rodríguez y Pedro Casado en la Cañada estaban inactivos. El que tenía Isidoro Casado le producía unos beneficios anuales de 1200 reales. El horno de cal de Francisco y

Narciso Cepilla estaba situado también en la Cañada y tenía tres varas de frente y tres de fondo. Producía a sus dueños una ganancia anual de 600 reales a cada uno.

Después el número de hornos fue disminuyendo y en 1784 sólo se fabricaba alguna cal.

A mediados del siglo XVIII había en Quijorna 21 trajinantes de cal. Algunos de ellos fabricaba también en hornos de su propiedad como Isidoro Casado, a quien le producía la arriería unos beneficios anuales de 250 reales empleando un mulo.

Los hermanos Francisco y Narciso Cepilla, que como sabemos eran también fabricantes de cal, se dedicaban a transportarla empleando cada uno un mulo y dos asnos. Obtenían por esa actividad una ganancia anual de 1000 reales cada uno"

Durante el siglo XIX, continuó fabricándose cal, como atestigua Madoz:

"(Respecto de su industria destacan) la agrícola, un molino de aceite y varios hornos de cal"

La actividad de los hornos siguió existiendo hasta mediados del siglo XX cuando dejaron de trabajarse por la caída de la demanda de cal. Hoy en día, diseminados por los campos que rodean a Quijorna aún quedan varios hornos de cal, desafiantes al paso del tiempo. Durante nuestra inspección descubrimos un total de 16 hornos.

LAS CALERAS DE LA CAÑADA REAL SEGOVIANA

Durante la visita a este municipio se localizaron varios hornos de cal en las afueras del pueblo. Para llegar a ellos hay que tomar, yendo por la calle de la Virgen del Pilar, a la derecha de un puente, una pista de tierra, llamada Camino de la Charneca, que acaba confundándose con un tramo de la Cañada Real Segoviana. Este camino transcurre paralelamente al cauce del arroyo de Quijorna, entre campos de labor y abundante presencia de jaras y tomillo.

El primer horno de cal (H1) se encuentra junto a un camino de tierra que se desvía de la vía pecuaria, a un kilómetro y medio de Quijorna. Tiene forma cilíndrica, un poco abovedado en su parte superior, con una altura de 2,5 metros y un diámetro también de 2,5 metros.

Está desmantelada la boca de acceso, aunque todavía se conservan parte de los muros, con mampuestos de granito y gneises algo alterados. Está excavado en el suelo para aprovechar la mala conductividad del terreno, conservando así el calor necesario para una correcta combustión de la piedra caliza.

Los hornos H2 y H3 aparecen a 200 metros más adelante, arrimados a la Cañada Real y a mano derecha

Artículos

según nuestro recorrido. El horno H2 es cilíndrico y está bastante desmoronado, por lo que la altura máxima del muro de piedra que lo alberga no supera los 1,35 metros con un diámetro de 2,5 metros. Está construido con mampuestos de granito y gneis, forrados internamente de arcilla refractaria.

A unos 3,5 metros de éste, se levanta el horno H3, también cilíndrico, con una camisa de ladrillo refractario sin marca identificable, cubiertos por arcilla entre la que se incrustan trozos de teja, dispuestos tanto al derecho como al revés. Este horno tiene 3,4 metros de diámetro y una altura parecida a la del H2. Se observan restos de cal en las proximidades. En la parte trasera de dichos hornos se han localizado escombreras, ahora ya estratificadas, con restos de carbón vegetal.

Regresando al camino principal, éste gira hacia la llamada "Cuesta de Vétago", manteniéndose paralelo al Arroyo de Vilhornos, topónimo que tal vez sea una deformación de "Mil Hornos". A mano derecha aparecen otras 3 caleras (H4, H5 y H6) en distinto estado de conservación. Casi al mismo lado de estos hornos, un poco hacia el Oeste, hay una gran escombrera de color negruzco con abundante carbonilla, lo que nos hace pensar en que se utilizaba a modo de combustible carbón inorgánico.

Los tres hornos están excavados en el suelo y aparecen rodeados por otra escombrera de colores más claros, con cenizas negras, que es ahora una improvisada pista de motocross.

El horno H4 es cilíndrico, ligerísimamente abovedado en la parte superior, con 3,25 metros de diámetro y 3,4 metros de altura. En la parte inferior, hay ladrillo refractario rojizo y en la superior, mampuestos gnéisicos, todo ello recubierto con arcillas refractarias.

La calera H5 está muy deteriorada, casi hundido por completo, siendo muy difícil su dimensionamiento. Por su parte, el horno H6 tiene un diámetro de 3,2 metros y un altura de 3 metros, apareciendo recubierto de arcillas refractarias. En su interior ha crecido una higuera.

Después de dejar a nuestras espaldas una curva con ligera pendiente ascendente, habiendo ya recorrido 2,5 kilómetros desde el inicio de la senda, llegamos hasta la zona donde se levanta el primero de los hornos de cal (H7). Nos encontramos sobre conglomerados del Utrillas, que se extienden por debajo de las calizas cretácicas, las cuales llegan hasta la Sierra Norte de Madrid

Este horno se halla en relativamente buen estado de conservación. Se levanta aprovechando la ladera de una ligera ondulación del terreno y al abrigo de la loma. Unos metros por encima de él puede verse una cantera de donde se debía extraer la piedra caliza para su posterior cocción.

La calera H7 tiene 4,5 metros de profundidad y 3,5 metros de diámetro de la boca superior de la chimenea. En la parte frontal, la puerta de acceso es una portada

con arco de medio punto con bloques de gneis encastrados en la parte superior. La altura es de 1,3 metros con una anchura de 70 cm. El interior está recubierto de gneis de tipo ocelar. Se trata de un horno de dimensiones apreciables. A ambos lados de la uerta por la que se introducía el combustible, unas paredes oblicuas y confluyentes hacia la entrada, actúan a modo de refuerzo de contención. En una de ellas, la de la izquierda según se contempla perpendicularmente el horno, hay una hornacina, una pequeña ventana ciega de geometría cuadrada.

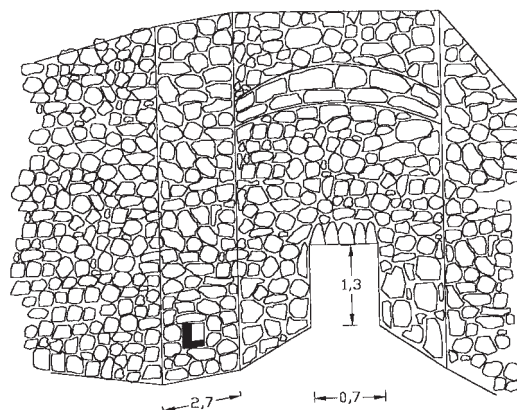


Figura 2. Levantamiento del horno H7

Junto al horno aún permanecen los muros de lo que debió ser en su tiempo una caseta, probablemente utilizada por los caleros para pernoctar y guardar las herramientas y el combustible. Las paredes de este recinto miden 4,5 y 6,5 metros, respectivamente, si bien esta última pared tira hacia la pendiente de la elevación del terreno al encuentro con el horno. La puerta de entrada es de 1,3 metros de ancho.

Desandando la subida, regresamos hasta la senda que habíamos tomado en un principio. En la margen izquierda de dicho camino, casi metido en éste, hay un segundo horno (H8), que pasa desapercibido dado su mal estado, al lado de otro (H9). A simple vista se confunde con una loma de poca altura. El horno es cilíndrico y está semiderruido, estando su hueco colmatado por tierra. En los alrededores, unas manchas negras de carbonilla delatan, si aún no lo hubiéramos visto, su presencia.

Desde la posición ocupada por este horno, ahora a campo a través, nos acercamos hasta un tercer horno (H10), que tiene las paredes de su interior protegidas con ladrillo refractario (Fig3). Dado que este material empezó a utilizarse a finales del siglo XIX, nos hace pensar que quizá se trate de una de las caleras que estuvieron activas hasta los años posteriores a la Guerra Civil española.

A modo de protección de la pared desde donde se abre la puerta de acceso del horno, hay unos muros que

Artículos

lo encierran. La utilidad de este recinto, nada común en las caleras inventariadas, pudiera ser la de almacén del combustible que luego se empleaba durante la calcinación. Al encontrarse el horno apoyado contra una ladera, este espacio, en su día con techumbre, permitiría a los trabajadores guardar la leña o el carbón en un lugar seguro y evitar que se mojara si caía agua de lluvia. Además, facilitaría su trabajo al tener este combustible al lado mismo del horno.



Figura 3. Vista general del horno H10 en Otoño

La profundidad o altura del horno es 4,5 metros, la misma que la del horno H7, mientras que el diámetro de boca de la chimenea es de 3,5 metros.

Las paredes interiores son de mampostería de gneis, cuarzo y conglomerados del Utrillas, así como ladrillos refractarios de pequeñas dimensiones (25 x 10 x 15 cm) en la parte más baja, aquélla que soporta mayores temperaturas durante la calcinación de la piedra. Estos ladrillos tienen fragmentos líticos y feldspatos, así como cuarzo. Los mampuestos se hallan sobre un revestimiento de barro. Además, en diversas zonas de dicha pared se pueden observar manchas blancas, debidas a la caliza y a la cal.

LA CALERA Y EL HORNO CERÁMICO DE ORODEA

Regresando al camino principal por el que iniciamos el recorrido, lo andamos unos metros hasta llegar a una curva hacia la izquierda después de la que se endereza. A nuestra vista, en línea recta con el camino, un gran horno ocupa todo el espacio, casi dejando en el anonimato a una pequeña calera (H11), que se halla a su izquierda

El horno principal (L1) es uno de los motivos que suele utilizar el Ayuntamiento de Quijorna para su divulgación (Fig. 4). Sin ir más lejos, en el folleto editado por el ayuntamiento, bajo el título de "Callejero de Quijorna", aparece fotografiado, diciéndose de él lo que sigue:



Figura 4. Vista general de la calera H11 junto al horno cerámico L1

"Sea cual sea el origen del nombre de Quijorna, todas las alusiones significativas nos llevan a los hornos de cal, de los cuales únicamente queda uno completo, el cual nos muestra sus respiraderos en forma de herradura apuntada árabe, sobre base de muro ciclópeo ibero, y cuya torre culmina en cúpula de ladrillo refractario sujeto con dos cinchas de dilatación de hierro"

Sin embargo, pensamos, en contra de lo leído, que es un horno cerámico, propiedad de Salvador de Orodea. Este elemento inventariado sería, por tanto, un conjunto formado por el horno que trataba los caolines y la calera cercana que proporcionaba la cal. ^(B)

La calera (H11) se halla en mal estado de conservación, ya que su parte frontal está completamente derruida. Sólo queda la mitad de la boca superior. Es un horno de dimensiones más reducidas que los anteriores, que debió cumplir funciones complementarias en la industria cerámica. Está construido en mampostería aprovechando la pendiente. La altura ronda los 3,5 metros y la anchura 3,2 metros, aproximadamente. A su espalda se halla una escombrera.

Su ubicación, al lado mismo del horno cerámico, y muy cerca de una cantera de piedra caliza y del lugar de donde se extraía la arcilla, hace pensar en que este grupo de elementos debieron ser dirigidos por un mismo individuo, acaso el citado José Orodea. El objetivo principal debió ser la fabricación de ladrillos refractarios en el horno cerámico.

^(B) Salvador de Orodea proviene de una importante familia dedicada a la fabricación de cerámica. Entre sus antepasados más dignos de ser mencionados en este texto, cabe señalar a Juan Orodea (1836-1888), que fue oficial de la fábrica de loza de Valdemorillo; Miguel Orodea, hermano del anterior, que también trabajó en la misma factoría; Nicolás Orodea Varea (1861-¿?), hijo de Juan, que fue operario en la fábrica hacia 1891; y José Orodea Varea (1863-¿?), hermano del anterior, que, después de ser operario industrial, fundó su propia fábrica.

Para profundizar más en la historia de Salvador Orodea, se puede leer el estudio que sobre el mismo ha realizado Octavio Puche Riart

Artículos

La cantera presenta las características oquedades de los terrenos carbonatados, que, en la actualidad, han sido aprovechados como nidos por las aves y, también, como madrigueras por los topos y conejos. En la zona más al norte de la cantera, se observaron pequeños frentes y excavaciones que permitieron sacar la arcilla destinada para la fabricación de los ladrillos.

En definitiva, en poco menos de un kilómetro cuadrado, se concentraba el proceso de extracción de la caliza y de los caolines, y su posterior tratamiento en hornos para obtener los ladrillos refractarios y la cal.

LAS CALERAS DE VÉTAGO

Volviendo a la senda, dejando atrás los hornos, tomamos una cerrada curva hacia la derecha en ligera pendiente ascendente, que, al final de la misma, discurre rectilínea entre laderas en las que abundan los matorrales. A un lado y otro se contemplan frentes de extracción de piedra caliza.

Al cabo de unos 200 metros, a la derecha, aparece otra calera (H12), enfrentada con un cartel que avisa de la presencia de abejas. Se encuentra semiderruida, con la pared delantera caída. Su profundidad es grande, unos 4 metros, siendo el diámetro interior de chimenea de 3,10 metros y un reborde de medio metro. En su interior se aprecia el despegue del recubrimiento de la arcilla refractaria.

A escasos 20 metros de ésta hay otra calera (H13), que está construida en mampostería, manchada de negro por la carbón. Las paredes interiores tienen un revestimiento de arcilla, con el fin de mantener unas altas temperaturas durante la cocción. Conserva la puerta de introducción del combustible. La altura es de 3,4 metros y su diámetro ronda los 2,7 metros (Fig. 5). Su parte superior se destaca frontalmente del suelo conformando un cuerpo de mampostería de geometría troncocónica.

Si seguimos caminando por la senda, a unos 15 metros del anterior horno, a mano izquierda según nuestro recorrido, surge otra calera (H14), también en mampostería,



Figura 5. Vista superior de la calera H 13

cuya boca superior, de diámetro 2,5 metros, permanece en buen estado. Es ligeramente abovedado con una profundidad de 4,3 metros. Está junto a un frente de cantera, en el mismo lado del camino que el horno H12.

El camino va descendiendo hasta el cauce de un arroyo, para después ascender en ligera curva. A unos 30 metros, la pista se muestra ennegrecida por la carbonilla, que avisa de la existencia de otro horno (H15), de geometría cilíndrica, y construido en mampostería de gneis, que es la roca metamórfica que hay por encima del resalte tectónico alpino. Es un horno individual, próximo a todos los hornos anteriores. Está forrado de barro, que, sobre todo, se distingue en su parte superior. La profundidad es de unos 4,1 metros con 2,5 de diámetro.

Pasada una casa derruida seguimos el camino. Se ven canteras y un nuevo horno (H16). Forrado de barro y con piedra caliza en las paredes de su interior, la profundidad es de 6,2 metros. Es un horno de gran capacidad. Su diámetro es de unos 3,6 metros con unos bordes superiores de 80 centímetros.

A MODO DE RESUMEN

Quijorna, al igual que pueblos vecinos a él como Valdemorillo o Robledo de Chavela, es un excelente ejemplo de la riqueza patrimonial minera que alberga la Comunidad de Madrid. Muchos de los hornos inventariados en su término municipal presentan evidentes signos de deterioro, que si no se detienen, acabarán por borrarlos definitivamente de la memoria de este pueblo.

Cuando un vecino del pueblo, José Luis Collado, nacido en 1930 en Quijorna, nos relataba su experiencia como trabajador en las caleras, no pudimos sino conjurarnos para que sus palabras quedaran impresas y no se perdieran para siempre.

Siendo niño, con apenas diez años, iba con un borriquito a las caleras, que, según nos explicó, funcionaron hasta 1942 de manera ininterrumpida. La cal producida se destinaba para las necesidades de los vecinos, ya fuera para blanquear las fachadas o para prevenir epidemias. Muchas de las caleras que ardían por aquellos años eran propiedad de una familia natural de Villalba.

El proceso era muy rutinario, hasta aburrido, nos dijo, ya que había que repetir sin ningún cambio un mismo protocolo: "La piedra calcárea que se sacaba de los alrededores se introducía en la chimenea, que es como nosotros llamábamos a las caleras. Se prendía fuego y se aguardaba a que se fuera haciendo la cal. Cuando la familia de Villalba decidió abandonar las caleras, los hornos se convirtieron en lo que son hoy, simples agujeros llenos de maleza, tirados por el monte, que ya casi pasan desapercibidos".

Artículos

Don José Luis creía recordar que las dimensiones de los hornos eran parecidas: *"Al menos así lo creo. La altura rondaba los cinco metros con un diámetro de boca que rondaba los tres. La piedra que formaba la chimenea la daba un grosor de casi un metro. Eran casi todos iguales. Estaban muy cerca unos de otros. Mi padre me contaba que cuando él era chico, el humo se levantaba al cielo como si hubiera un gran incendio en el monte. Salía el humo de muchas bocas, todas enteradas en el suelo. Buen terreno éste para hacer la cal"*.

Buen terreno éste para hacer la cal. Buen terreno cretácico que así fue descrito en la Hoja Geológica 558:

"(...) Se extrae caliza para la fabricación de la cal de algún otro afloramiento cretáceo, próximo a Quijorna".

"El precio de la cal era bajo. Además dependía de si la venta se realizaba al pie del horno o si tenía que ser transportada a otro lugar, en cuyo caso se encarecía. Pero los beneficios eran pocos porque el calero se buscaba la vida como podía para conseguir la leña que quemaba en el horno, que era mucha en cantidad y de seguido. Se acudía a otros pueblos y a veces se sellaba el compromiso, siempre de palabra, de dar algo de la cal por una parte de la leña. Así se hacía, como de trueque y cambio, siempre de palabra".

Probablemente uno de los lugares de donde los caleros obtenían leña era de Perales de Milla, situado en el vértice suroccidental del territorio de Quijorna, que constituyó ayuntamiento propio hasta principios del siglo XIX, y en donde cada veinte años se quemaba madera para fabricar carbón vegetal.

Las caleras de Quijorna esperan a que alguien detenga la vista en ellas. Mientras tanto siguen allí, camufladas en-

tre las ondulaciones del terreno y la vegetación pobre de estos parajes madrileños. Algunas encinas y quejigos tachen el relieve que ocultó a enciclopedistas como Ortega Rubio o Mesonero Romanos, entre otros, la existencia de unos hornos de cal que tanto influyeron en el día a día de los moradores de este pueblo.

Hornos de cal que tras ser citados en el Catastro del Marqués de la Ensenada de manera indirecta a través de los *"21 trajinantes de cal y yeso"*, no serían tenidos en cuenta por los eruditos hasta la edición del texto de Pascual Madoz. Sorprendente es esta ausencia de referencias, más si cabe dada la gran cantidad de caleras diseminadas por los montes vecinos. Acaso todos decidieron guardar silencio hasta que llegara el momento en que vuelvan a ser admirados. ☺

REFERENCIAS

- Relaciones Topográficas de Felipe II
Peris Barrios, A. (2000). "Quijorna. Historia de un pueblo madrileño", p. 1-5
VV.AA. (1999). *"Arquitectura y Desarrollo Urbano. Comunidad de Madrid. Zona Oeste. Tomo VIII"*. Ed.: Comunidad de Madrid-Fundación Caja Madrid- Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, p. 25-39
Jiménez de Gregorio, F. (1986). *"Madrid y su Comunidad. Territorio, historia, economía, sociedad"*, p. 204
"Callejero de Quijorna". Edita: Ayuntamiento de Quijorna.
Peris Barrios, A. (2000). *Ibidem*, p. 23
Archivo Histórico de Protocolos. Protocolo 30828
Archivo Histórico de Protocolos. Protocolo 30829
López, T. *"Diccionario Geográfico"*, p. 439
Peris Barrios, A. (2000). *Ibidem*, p. 72-80
Archivo Histórico de Protocolos. Protocolo 30839
Gálvez- Cañero, A.; Jordana Soler, L. (1941). *"Hoja 558. Villaviciosa de Odón"*, p. 47